

PENSAMIENTO, VIDA INTELECTUAL Y CENSURA EN LA ESPAÑA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

Aunque el objetivo de este Seminario haya sido establecer el influjo que la Iglesia tuvo sobre el desarrollo de la literatura hispana, en esta intervención voy a plantear un problema algo más amplio, que espero no se aparte de dicho objetivo. Me toca hablar de censura y de censura Inquisitorial. Una actividad llevada a cabo por una institución sobre cuya naturaleza estrictamente eclesiástica los historiadores se han planteado serias dudas, pero cuya acción sirvió, sin duda, al plan reformador de la Iglesia después de Trento. En este sentido la actividad censoria puede ser considerada un aspecto más de la acción eclesiástica y su estudio puede contribuir a esclarecer el problema de las relaciones entre Iglesia y literatura. Pero aquí no voy a abordar el influjo directo de la censura sobre la literatura, como ha sido hecho por trabajos relativamente recientes¹. Me plantearé otro problema, a saber, cómo la censura de la Inquisición afectó a la producción y a la difusión del pensamiento en general y en consecuencia a su propia evolución. Y para ello huiré de unos planteamientos muy utilizados, aunque creo que ya un poco obsoletos. Aquellos que subrayaban casi exclusivamente la vertiente represiva de la censura, las prohibiciones concretas plasmadas en los Índices, olvidando que no fue ésta su única actividad, pues al mismo tiempo que se promulgaban edictos prohibitorios o Índices de libros prohibidos, se estaban alterando los mecanismos de la producción intelectual y hasta los mismos hábitos académicos. Cosa que consideramos más importante que las meras prohibiciones, porque es lo que contribuyó más decisivamente al anquilosamiento del pensamiento hispano durante el si-

¹ Cfr. A. Matquez, *Literatura e Inquisición en España 1478/1834*. Madrid, Taurus, 1980; M. J. del Río, "Censura inquisitorial y teatro de 1707 a 1819", *Hispania Sacra*, XXXVIII (1986), 279-330.

glo XVII y al distanciamiento que se produjo, también durante este siglo, con respecto al pensamiento europeo².

EL VALOR DE LAS PROHIBICIONES

Es todavía frecuente oír decir que a partir de 1559 la monarquía española cerró sus fronteras a cal y canto y que España inició una trayectoria histórica de espaldas a la realidad europea, despegándose cada vez más del desarrollo que la misma estaba experimentando. Es sin duda ésta una historia fantástica, pero que circula todavía como si de moneda buena y de ley se tratase. Según ella, España, aferrada a su papel de martillo de herejes, se alejó de todo lo que suponía modernización del pensamiento. Se trata de una nueva formulación de una vieja concepción liberal, tesis elaborada en el fragor de los combates contra el antiguo orden social, pero que debe ser definitivamente abandonada por unos planteamientos historiográficos más rigurosos. Según estos planteamientos liberales el desarrollo histórico fue un proceso de afirmación del pensamiento laico frente al religioso, de emancipación con respecto a la tutela de la Iglesia, de enfrentamiento al oscurantismo, al fanatismo y de establecimiento del reino de la libertad. El progreso científico o filosófico sólo fue posible allí donde no fue ahogado por la represión. La idea de que la historia europea de la modernidad fue un proceso de afirmación del poder y del saber laico frente a la Iglesia y el pensamiento religioso, tiene escaso fundamento histórico³. Y su corolario que vincula evolución del pensamiento científico con libertad de expresión es también matizable, desde el momento en que para que tal desarrollo se produzca se exigen otros requisitos, no sólo la libertad de expresión.

En el campo concreto de la actividad censoria la importancia de la acción represiva de la Inquisición ha sido recogida por la teoría de la discontinuidad intelectual formulada por Vicente Lloréns⁴. En efecto, se puede constatar que las obras sobre las que recayeron las prohibiciones de la Inquisición fueron desapareciendo de la circulación e incluso en la actualidad se guardan escasos ejemplares o simplemente ninguno. Es también cierto que los Índices inquisitoriales fueron aumentando de volumen, ya que cada uno de ellos recogía las prohibiciones de los anteriores y añadía otras nuevas. Pero no todo el aumento se debía al crecimiento de las prohibiciones, sino también a los cambios de criterio de los propios

² Esta problemática dio origen a una célebre polémica sobre la ciencia española. Recientemente ha sido valorada por C. Morón Arroyo, "Ciencia, Inquisición, ideología. Temas de nuestro tiempo", *Arbor*, CXXIV (1986), 29-43.

³ Cfr. J. Chiffolleau, B. Vincent, *État et Église dans la genèse de l'État Moderne. Premier bilan*, en J.-Ph. Genet, B. Vincent, *État et Église dans la genèse de l'État Moderne*. Madrid, Casa de Velázquez, 1986, pp. 295-309.

⁴ V. Lloréns, "Los Índices inquisitoriales y la discontinuidad española. (Religión, arabismo y hebraísmo)", *Bol. Real Acad. Historia*, 174 (1977), 122-139.

censores, cambio que afectaba tanto a los aspectos puramente formales de los Índices,⁵ como a planteamientos doctrinales o ideológicos. Por otra parte, la periodicidad de su publicación se mantuvo más o menos estable dentro de su aleatoriedad. Se promulgaron Índices en 1559, 1583-84, 1612, 1632, 1640, 1707, 1747 y 1790. Aparentemente hubo un período en el cual el celo censor de la Inquisición se acentuó y en el corto intervalo de ocho años se promulgaron dos Índices, el de 1632 y el de 1640. Menéndez Pelayo atribuyó la promulgación de dos catálogos en tan corto espacio de tiempo al rigor del Inquisidor General Antonio Sotomayor⁶. Pero no se trataba de celo ni de rigor, sino de descontento de frailes. El Índice de 1640 se promulgó para corregir al anterior, que fue criticado severamente. Un dominico de Toledo abrió el fuego con un memorial que alcanzó cierta difusión y fue seguido por otros frailes que encontraron en el Índice a algunos de sus ilustres predecesores en la orden.

La idea de que las prohibiciones de los Índices explican el distanciamiento del pensamiento hispano con respecto al europeo es bastante criticable. Supone dar un valor excesivo a los mismos en cuanto instrumentos de la actividad censoria de la Inquisición. Además de prohibir libros mediante Índices, la Inquisición promulgaba con mucha más frecuencia edictos prohibitorios, cuyo contenido era luego incluido en los Índices. No solamente eso. Parece que la Inquisición acumulaba un cierto retraso en las prohibiciones. De las prohibiciones del siglo XVI cabe deducir que la gran mayoría de las obras, al ser prohibidas, llevaban circulando entre tres y cinco años y que no era infrecuente que llevasen seis años o más⁷. Períodos de tiempo suficiente, en todo caso, para que las ideas contenidas en tales libros se hubieran difundido. Y en último término la Inquisición se vio desbordada por la producción de libros, especialmente por la que se realizaba en las prensas extranjeras. De ahí la necesidad que tuvo de establecer un territorio de lo prohibido que comprendiese no sólo obras concretas, sino autores u obras sospechosas de contener errores o de favorecerles al menos. De ahí que la Inquisición estableciese unos criterios censorios diversos y poco rigurosos, como luego veremos. De ahí también la necesidad de estigmatizar autores concretos, aunque no siempre tuviese razones para censurar completamente su pensamiento. Un buen ejemplo de esto es lo que sucedió con las principales obras de Maquiavelo, un autor que fue incluido en el Índice de 1583 con todas sus obras prohibidas. Pocos meses después de la promulgación del catálogo el duque de Sesa pedía autorización para financiar una traducción y edición de tales obras, convenientemente expurgadas y puestas a nombre de otro autor por si el de Maquiavelo no convenía

⁵ P. ej. el índice de 1632 incluía escuetas biografías de los autores considerados herejes.

⁶ M. Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, 2 vols., 3.ª ed. Madrid, Editorial Católica, 1978. II, pág. 303.

⁷ V. Pinto Crespo, *Inquisición, control ideológico en la España del siglo XVI*. Madrid, Taurus, 1983, págs. 296-97.

que circulase. El Inquisidor General dio autorización para que se llevase a cabo la traducción⁸, lo que no deja de sorprender ante la creciente hostilidad que la persona y obra de Maquiavelo estaban suscitando en toda Europa, y no sólo en el campo católico.

Las prohibiciones inquisitoriales, cabe deducir de todo esto, no cerraban completamente las puertas a la difusión de ideas o autores en su opinión censurables. Y también que la actividad censoria consistió en algo más complejo que prohibir obras o elaborar Índices. Sin embargo, determinadas obras desaparecieron de la circulación, otras como las de los disidentes hispanos de mediados del XVI, que tuvieron que exiliarse, no pudieron circular por España hasta el siglo XIX y se agotaron determinadas corrientes de pensamiento o escuelas pujantes en el siglo XVI, tales como el humanismo, el hebraísmo salmantino o el arabismo⁹. Que la Inquisición contribuyó a ello es indudable. Que fuese gracias a su sola acción prohibitoria, es más que dudoso. La Inquisición, mediante la actividad censoria, contribuyó decisivamente a cambiar el clima intelectual del siglo XVI, no tanto por las prohibiciones, sino porque su actividad incidía directamente sobre las condiciones de producción y difusión intelectual y porque los mismos hábitos académicos fueron cambiando al compás de la presión inquisitorial, pero también de los intereses sociales, políticos y religiosos que fueron anidando en las universidades y colegios. La participación de las universidades de Salamanca y Alcalá en la actividad censoria fue importante durante el siglo XVI y esto puede expresar tanto colaboración como coerción, pero en todo caso es indicativo del desarrollo de un clima intelectual en el cual tendían a fundirse los valores propugnados por la Inquisición y los aceptados por la Academia.

INCIDENCIA MATERIAL DE LA CENSURA

En otro lugar¹⁰ he escrito ya sobre la incidencia de la censura en relación con los mecanismos de producción y difusión intelectual. Y estos serían los efectos más notables de la censura inquisitorial, la alteración de tales mecanismos de

⁸ "Muchos hombres principales y de cualidad sienten la falta de las obras de Nicolao Maquiavelo, que se han prohibido en el nuevo índice y catálogo que se ha publicado. Y particularmente los libros que se intitulan *Discursos*, *Príncipe*, *Diálogos del arte de la guerra* y *Historia de la República de Florencia*, dirigidas a la buena memoria de León X. Y por tratar en los dichos libros materias de estado y gobierno, en tiempo de paz y guerra, con mucha curiosidad y erudición y aunque en ellas hay algunos errores y cosas implias, malsonantes y otras de mucha curiosidad y aprovechamiento. Y las que no son tales se pueden fácilmente expurgar, enmendar y corregir y aun traducirse los dichos libros de lengua italiana en vulgar castellana y imprimirse con nombre de otro autor no con viniendo que anden en el de dicho Nicolao Maquiavelo". (s. f.) Recibido en Madrid a 9 de noviembre de 1584. *AHN* Inq. leg. 4436, exp. 4; Cfr. asimismo V. Pinto, "Nuevas perspectivas sobre el contenido de los Índices inquisitoriales hispanos del siglo XVI", *Hispania Sacra*, XXXIII (1981), 633.

⁹ V. Llorens, o. c., pág. 130 ss.

¹⁰ V. Pinto, "Thought control in Spain", en S. Haliczer, *Inquisition and Society in Early Modern Europe*. London, Croom Helm, 1987, pp. 171-188.

producción y difusión. Es sabido que la Inquisición cuando desarrolló a mediados del XVI un aparato de control que habría de durar hasta el XVIII, estableció los medios para controlar los impresos desde que se encontraban en las prensas hasta el momento que llegaban a las manos del lector. El establecimiento de estos controles trataba de hacer frente, en primer lugar, a la importancia que en un siglo escaso había adquirido la imprenta y, en segundo lugar, a la sabia utilización que los reformadores habían hecho de los impresos al servicio de su revuelta religiosa¹¹. Pero los efectos de tales controles desbordaron aquellos objetivos y tuvieron un influjo sobre el objeto libro y sobre las condiciones de su producción y distribución. Y además no era suficiente el control de las obras. Se necesitaban criterios doctrinales para establecer el límite entre la ortodoxia y la heterodoxia. Por esta nueva vía la actividad censoria desbordó la mera faceta prohibitoria y entró en el juego de lo académico y lo intelectual.

Los controles inquisitoriales supusieron de hecho una injerencia en el mercado del libro. Las prohibiciones suponían, a veces, importantes pérdidas para impresores y libreros, sobre todo cuando afectaban a obras impresas en España. La revisión de las balas de libros en los puertos de mar o en las fronteras, llevada a cabo por los comisarios inquisitoriales, contribuía al deterioro de las obras, ya que frecuentemente venían sin encuadernar y quedaban expuestas a la humedad ambiental. Las librerías y bibliotecas eran revisadas con cierta periodicidad y necesariamente cuando se promulgaba algún Índice de libros prohibidos. Una acordada de 1605 establecía que los libreros debían llevar un registro de los libros vendidos y de sus compradores, lo cual levantó lógicamente algunas protestas¹². El registro de los libros vendidos podía disuadir a los compradores ante el temor de figurar en una lista que después iba a parar a las manos de los inquisidores¹³. Los transgresores de las disposiciones o prohibiciones inquisitoriales se exponían a la excomunión. La acordada de 1605 antes citada acaba así: "... mandando que todos los mercaderes libreros e impresores y demás personas que en libros tratan, guarden y cumplan todo lo susodicho so pena de excomunión mayor, perdimiento de todos los libros y de doscientos ducados para gastos del Santo Oficio y que serán castigados los que inobedientes fueren..."¹⁴. Las penas establecidas

¹¹ Cfr. M. Lowry, *The World of Aldus Manutius. Business and Scholarship in Renaissance Venice*. Oxford, Basil Blackwell, 1979; M. Lutero, *Obras*, ed. y trd. T. Egido. Salamanca, Sígueme, 1976; P. F. Grendler, *The Roman Inquisition and the Venetian Press, 1540-1605*. Princeton, U. P., 1977.

¹² *AHN* Inq. lib. 1233, f. 37.

¹³ Los libreros de Zaragoza esgrimieron esta razón contra la disposición inquisitorial: "Lo primero, el preguntar a los compradores sus nombres y decirles se hace por mandato de Vuestras Señorías, es ocasión de que se escandalicen y cada uno entienda se veda aquel libro que lleva. Y pagado el dinero le tornan a pedir y dejan el libro y no lo compran. Y así cesa el negociar y no podremos pagar a las personas a quien debemos. Y faltaríamos a nuestro créditos". Zaragoza, 24 de enero de 1606. *AHN* Inq. lib. 790, f. 91.

¹⁴ *AHN* Inq. lib. 1233, f. 38.

por la Inquisición convertían al libro en una especie de objeto totémico, portador de maleficios penales. Por su parte los censores y tratadistas del derecho inquisitorial consideraban al libro como un “hereje mudo” y un predicador asiduo, pues los libros tenían la virtualidad de transmitir su mensaje perpetuamente, de manera mucho más eficaz que las palabras y aun después de que se hubiese podido silenciar por la muerte o el castigo la voz de los herejes¹⁵. Esta actitud ante el objeto libro consiguió que las delaciones de obras sospechosas partiesen de todos aquellos ámbitos en los cuales el libro se desenvolvía. Es decir, logró inculcar una actitud de desconfianza en todos aquellos lugares en los cuales el libro debía haber sido un medio natural de transmisión de ideas¹⁶. Estas injerencias y las actitudes generadas por ellas también se dieron en otros lugares donde hubo censura, como puede ser por ejemplo en el caso de Italia en la segunda mitad del XVI¹⁷.

CRITERIOS EXTERNOS Y FLEXIBLES

Una actitud de desconfianza como la descrita produjo un efecto paradójico en los censores, la dificultad de determinar con precisión el territorio de lo prohibido. Porque además de los libros que aparecían particularmente recogidos en edictos o índices, otras muchas obras estaban incluidas en las prohibiciones inquisitoriales, bien porque fueran obras potencialmente portadores de ideas heterodoxas, bien porque estuviesen escritas en lenguas romances, bien porque hubiesen visto la luz en alguno de los países en los cuales la “herejía” había prendido con facilidad. A finales del siglo XVI lo prohibido se extendía a lo herético en sentido estricto, pero además a lo reprobado y a lo sospechoso. De ahí la necesidad de establecer criterios censorios y de ahí también la necesidad de afinar los medios mediante los cuales se difundían las prohibiciones de la Inquisición.

En sentido estricto las obras objeto de censura hubieran sido las que contenían errores o herejías; pero a veces no resultaba fácil detectar tales cosas o inter-

¹⁵ D. Simancas, *Institutiones catholicae*. Vallisoleti, Ex off. Aegidy de Colonia, 1552. f. 175.

¹⁶ Esto es lo que escribía alguien al Inquisidor General: “La obligación que en general y en particular tenemos todos a nuestra Santa Fe Católica, me ha dado atrevimiento a servir a V. S. Ilma. estos renglones como a Padre de la República Cristiana, a quien principalmente toca el conocimiento y defensa de las cosas della. Habiendo yo sido aficionado a leer libros y viendo los tiempos tan peligrosos, como por nuestros pecados están, he procurado leerlos con todo el recato que he podido, para ver si hallaba en ellos alguna cosa errónea o malsonante o indigna de orejas cristianas y advertir de ello. La cual atención y recato me ha obligado a tener más de aquí adelante un librito francés que los rvdos. sres. inquisidores de Granada me mandaron ver, intitulado *Doctrina Cristiana*, siendo la perversa de Calvino, que en Génova y toda Francia se enseña. Del cual saqué no sé cuántos pliegos de herejías y errores notabilísimos, como ya aquellos sres. habrán dado parte dello a V. S. Ilma. y al Consejo de la Santa Inquisición.” BNM, Mss. 892, f. 194.

¹⁷ A. Rotondo, *La censura ecclesiastica e la cultura*, en *Storia d'Italia*. Turin, Giulio Einaudi, 1973, II, pág. 1406 ss.

pretar el sentido correcto de determinadas afirmaciones ambiguas. O simplemente, a juicio de los censores, no convenía que circulase cierto tipo de obras. Cuando alguna de estas cosas sucedía se tenía que recurrir a síntomas externos para ver si tal obra incurría en las prohibiciones. El recurso frecuente a estos síntomas convirtió en criterios de censura el juicio y la valoración de esos aspectos externos. El autor, el lugar de edición o la ausencia de tales datos, la lengua en la que estaba escrita la obra, la terminología o el argot utilizados en la misma, su propia naturaleza, eran los aspectos que con cierta frecuencia permitían saber si dicha obra estaba dentro de lo prohibido o no.

El autor era un elemento decisivo. Si se trataba de un autor hereje, se aclaraba el sentido de aquellas afirmaciones que podían tener o bien una interpretación católica o bien una interpretación heterodoxa. La autoría permitía descalificar una obra. Las prohibiciones inquisitoriales eran precisas, estaban prohibidas todas las obras de los herejes. El Índice de 1583 estableció una distinción entre los simples herejes y los padres de herejías —heresiarcas—. De éstos se prohibieron absolutamente todas sus obras, mientras que de los otros se permitían circular las que no tratasen de temas religiosos. Cuando los calificadores se enfrentaban a una obra, era suficiente que incluyesen al autor entre los herejes para proponer que esa obra fuese prohibida.

Aquellas obras que eran publicadas sin autor o pie de imprenta también estaban prohibidas. El lugar de edición era, sobre todo, un dato importante. Los censores tenían claro que la herejía venía de fuera y especialmente de aquellos países como Alemania, Suiza u Holanda, en los cuales había tenido una mayor implantación la Reforma. Las obras impresas allí eran sospechosas de contener errores solamente por ello. La lengua en la cual estaban escritas también era un factor importante. Determinadas obras podían circular en latín, pero no en lenguas romances, porque se suponía que sus doctrinas podían ser entendidas correctamente por los expertos, pero no por el vulgo. La oposición a que determinadas doctrinas circularan en lengua vulgar tenía que ver con el proceso de sacralización reforzado a partir de Trento y con la propia idea de que los revoltosos habían utilizado estas lenguas para difundir más fácil y ampliamente sus ideas.

El olor a herejía. Cuando no bastaban los indicios anteriores, los censores podían encontrar otros, fiados de su instinto de olfateadores de herejías. La terminología, el argot de las obras podía llevar a la conclusión de que el autor de una obra era hereje, porque su lenguaje olía a lenguaje de herejes. “Digo, que este libro se debe prohibir, lo primero, porque el lenguaje eclesiástico no le cabe en la boca.... A los católicos los llama emisarios, habiendo dicho que el Papa León había enviado muchos predicadores por toda Alemania a predicar unas bulas. Y a estos tales predicadores llama emisarios. Y como la palabra emisario significa, no sólo descubridores del campo, sino espías para calumniar y aun acecha-

dores para hurtar, y asimismo caballos garañones, pienso que este autor, con espíritu herético, usó de este lenguaje, para notar a los predicadores católicos que predicaban bulas, de calumniadores y ladrones y lujuriosos"¹⁸.

Finalmente, algunas obras podían incurrir en prohibiciones por su propia naturaleza, como sucedía con las ediciones de la Biblia en lenguas vulgares, o con aquellas obras que contenían fragmentos traducidos de la misma, epístolas o evangelios, como era el caso de muchos libros de horas y de devoción, que tanta divulgación habían tenido antes de los conflictos religiosos y de que actuase la censura. Otras, como las ediciones de los autores clásicos o de Padres de la Iglesia, eran objeto de una especial vigilancia, porque en los comentarios y notas podían introducirse errores.

Se trataba de todo un conjunto de criterios, la mayoría de los cuales eran formales y externos. Pero ellos permitían emitir juicios sobre las obras y convertían a los censores en guardianes de la ortodoxia, aunque la utilización de estos criterios fuese bastante flexible debido a la variedad de medios y de obras en las que se podía difundir el pensamiento. Y debido a esto, los aspectos de tipo formal podían ser los decisivos a la hora de valorar los escritos y ello permitió a la censura jugar el papel que fue adquiriendo sobre todo en el siglo XVII, momento en el cual se empezó a inmiscuir en los problemas de escuela y contribuyó a la fosilización de las universidades.

Uno de los lugares en los que más claramente se puede ver la peculiar actuación de los censores, es en su actuación sobre las obras de tipo científico. Diversos historiadores de la ciencia, como Khun, Butterfield, Hall o López Piñero, han puesto de manifiesto el cúmulo de conflictos, intelectuales o de otro tipo, que generó el desarrollo histórico del pensamiento científico. Renovación de paradigmas, definición de un nuevo universo conceptual, cuestionamiento de principios heredados o tensiones sociales, son algunos de ellos. El censor entraba en ellos y alteraba sus difíciles equilibrios y reorientaba las tensiones. Introducía un conflicto adicional, pero desde unos principios y una cosmovisión peculiar, que acrecentaba los problemas y distorsionaba su desarrollo, precisamente porque el censor partía de una ortodoxia que debería haber cambiado, pero que se convirtió en pieza inamovible. Este elemento referencial de la ortodoxia y la peculiar concepción de la jerarquización de la ciencia que daba la primacía a la Teología, fundamentaba su intervención y mediación en unos problemas para los que no tenía preparación y justificaba que pudiera emitir un veredicto sobre autores u obras científicas sin entrar en las materias concretas y únicamente guiado por los síntomas externos que constituían los criterios censoriales.

Si nos fijamos en los autores de obras de tipo científico que fueron incluidos en los Índices del XVI con todas sus obras prohibidas (autores de primera clase),

¹⁸ *AHN* Inq. leg. 4427, exp. 4.

constatamos que el 74 por 100 de ellos eran alemanes o suizos y de religión protestante¹⁹. Y aunque sus repercusiones fueron negativas para la difusión de sus obras de ciencia, fueron incluidos en los Índices no por ellas, sino por el país de que eran naturales y por su condición de protestantes. En los Índices del XVII aumentaron las prohibiciones y se reforzaron estos criterios censoriales. De ahí que la evolución de las prohibiciones no tenga que ver propiamente con el desarrollo del pensamiento científico, sino con el endurecimiento de los censores ante los revoltosos religiosos. Más de la mitad de las prohibiciones de los siglos XVI y XVII se concentraron en un período de tiempo de cuarenta años (1580-1620). Científicos como Kepler o Brahe no tuvieron problemas con la censura hasta 1632²⁰.

Los censores no juzgaban los contenidos científicos, sino el credo religioso de los autores. Pero en algunos casos se oponían a los nuevos principios de filosofía natural, porque ellos seguían anclados en la tradición aristotélico-tomista o porque interpretaban la Biblia en su sentido literal y la nueva ciencia se basaba en unos presupuestos antropológicos o filosóficos que se apartaban de ella. No es extraño, por tanto, que la medicina y la astrología judiciaria fuesen las actividades científicas a las que los censores honrasen con más prohibiciones²¹.

La censura inquisitorial se fue endureciendo en sintonía con un clima que desde mediados del siglo XVI fue cambiando hacia posturas más rigoristas. En España, a la radicalización generalizada de las posturas religiosas con el consiguiente endurecimiento de las opciones ideológicas se unieron factores de tipo político y socioeconómico debido al papel hegemónico que en el concierto europeo le correspondió a la monarquía filipina. El cambio de todos estos factores dificultó el desarrollo del pensamiento científico y abrió una primera brecha entre el pensamiento científico hispano y el pensamiento europeo. Pero la crisis se agudizó y cambió de signo en las primeras décadas del siglo XVII. Los censores empezaron a entrar finalmente en materia. Censuraron obras y autores guiados por su discrepancia con los contenidos científicos y no por las sospechas y los síntomas anteriores. Las prohibiciones aumentaron considerablemente en los Índices del XVII y el pensamiento científico hispano empezó a anquilosarse²², en correspondencia con el anquilosamiento de la producción intelectual. El cambio de actitud de los censores no se debió a su mayor preparación en el campo de las ciencias, sino al nuevo papel de mediadora de la producción intelectual

19 J. Pardo Tomás, "Obras y autores científicos en los Índices inquisitoriales españoles del siglo XVI (1559, 1583 y 1584)", *Studia*, n.º 10 (1983), 244-245.

20 J. Pardo Tomás, *Ciencia europea y censura inquisitorial europea (1559-1707)*, 3 vols. (Tesis doctoral). Valencia, 1986, págs. 929 y 1017.

21 Pardo Tomás, *o. c.*, pág. 916.

22 J. M. López Piñero, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*. Barcelona, Labor, 1979. págs. 373-374.

que fue adquiriendo la censura. Al fin y al cabo la censura había contribuido a fijar una peculiar cosmovisión con la que comulgaban gran parte de los sectores académicos, pero expresada en una terminología que en cierto modo se había hecho común²³. Durante las primeras décadas del XVII la actividad censoria se polarizó en la defensa y difusión de esta cosmovisión, como puede verse en el nuevo carácter que adquirieron los Índices y en el nuevo papel de los calificadores.

LOS CAMBIOS DEL XVII

Durante el siglo XVI la colaboración de las instituciones de enseñanza con la Inquisición fue bastante regular. En el siglo XVII la Inquisición prefirió hechar mano de sus propios calificadores para las tareas de censura. El cargo de calificador del Santo Oficio se hizo muy apetecible, principalmente para los frailes, y las peticiones para serlo inundaron los distintos tribunales locales. Ante ello la institución se vio obligada a principios del XVII a concretar las exigencias para serlo y a perfilar el modelo de calificador. Debían ser mayores de cuarenta años (cuarenta y cinco a partir de 1627), doctos, virtuosos, prudentes y versados en teología escolástica²⁴. Como estas exigencias tampoco desalentaban a los peticionarios; se limitó a ocho el número de calificadores por tribunal y se intentó que las diferentes órdenes religiosas tuvieran un número similar. Pero ni la limitación numérica ni la distribución fueron efectivas. El número de calificadores rebasó sobradamente el límite impuesto por la Inquisición y dominicos y jesuitas predominaron sobre los otros frailes.

En la tercera década del XVII el número de calificadores era tan abundante que podemos afirmar que la gran mayoría no calificó obras o proposiciones casi nunca. Eran calificadores, pero raramente ejercieron como tales, porque la propia Inquisición encomendaba sus tareas a los que más confianza le daban. Cabe preguntarse si tenía algún sentido la existencia de tantos calificadores. Y efectivamente la tenía. En primer lugar, porque a través de ellos la Inquisición enraizaba con diferentes medios sociales o intelectuales. Y en segundo lugar, porque esos estériles calificadores servían al menos como instrumentos de control y difusión de las prohibiciones inquisitoriales. Servían como difusores, incluso en ámbitos extraacadémicos y a través de la predicación, de la cosmovisión que se había montado en torno a la actividad censoria, sobre todo cuando ésta se con-

²³ Así por ejemplo, Quevedo expresaba su antisemitismo en una terminología estereotipada, que era común en los tratados de derecho inquisitorial. Cfr. J. Caminero, "Formas de antisemitismo en la obra de Quevedo", *Letras de Deusto*, X, n.º 20 (1980), 5-56.

²⁴ *AHN* Inq. lib. 497, f. 277; lib. 497, f. 297; lib. 1233, f. 256.

virtió en mediadora de la producción intelectual, tal como puede apreciarse, en los Índices del XVII.

Los Índices de 1612 y de 1632, aparte de aumentar considerablemente las prohibiciones con respecto a los del XVI, introdujeron cambios formales, algunos de los cuales tienen un gran significado. El de 1612 adoptó el criterio, común en los Índices romanos, de dividir a los autores en tres clases, según el número de obras de los mismos que estuviesen comprendidas en las prohibiciones. El de 1632, aparte de las reglas, recogió unas indicaciones sobre la interpretación de las prohibiciones e incluyó escuetos datos —nacionalidad y creencia— sobre los autores que tenían todas sus obras prohibidas. Así se ponía más de relieve el carácter informativo y no sólo prohibitivo de los Índices. Los Índices no sólo precisaban el territorio de lo prohibido, sino que informaban sobre la compleja realidad de la heterodoxia.

El Índice de 1632 introdujo otro cambio significativo. En lugar de separar el índice prohibitorio del expurgatorio, juntó ambos. Con ello no hizo sino sancionar el nuevo sentido del expurgatorio. Concebido inicialmente para librar ciertas obras de una prohibición completa, ahora permite colocar en el Índice ciertas obras y autores que nunca hubieran sido puestos en él por ser de probada ortodoxia. Autores como Cayetano, Tomás Moro, Alfonso de Castro, Francisco de Vitoria o Suárez, por mencionar sólo a los más conocidos, aparecen en estos índices del XVII. Se imponía así la opinión de los censores más rigoristas, que eran partidarios de que en los Índices se recogiesen todas las proposiciones censurables, aunque fuesen de autores católicos. Podía tratarse incluso de proposiciones aceptables cuando vivían sus autores, pero posteriormente descalificadas por el pensamiento teológico. De esta forma vemos cómo la censura empieza a mediatizar de manera más decisiva la producción intelectual, al descender a las polémicas de escuela, pervirtiendo los propios hábitos intelectuales, al contraponer la autoridad institucional a la *auctoritas* académica. Esta nueva orientación de la actividad censoria encajaba en una estrategia más amplia, la de interferir la dinámica de la producción del pensamiento e incluso la de participar en la estrategia moral y religiosa surgida de Trento.

Los criterios censoriales y la nueva función de la censura amparaban a los censores en su pretensión de ser jueces en todos los campos de la producción intelectual. Para ello no dudaban en opinar sobre las cosas desde fuera o inmiscuirse en materias que no les correspondían. Es la misma actitud que aplicaron a las obras literarias. Éstos son algunos juicios de la comisión que se creó para revisar el catálogo de 1632, tan ásperamente contestado por los frailes. A propósito de una serie de antologías de poetas alemanes, belgas y franceses escribieron:

“Estos libros contienen una colección de poesías, o todas o las más, de autores herejes, las más de ellas heréticas, satíricas, lascivas o en alabanza y honra de los sectarios de estos tiempos. Y aunque se ha puesto gran cuidado en expurgar estos libros y se ha quita-

do mucho, con todo ha parecido representar a V. A. el peligro que tiene, en particular la permisión de estos libros, aún así expurgados y la poca o ninguna utilidad que de ellos se sigue. Porque la utilidad sólo se reduce a tener copia de cuatro poesías más o menos, que siendo de autores herejes y ellas en sí de tan poca importancia, habiendo tantos y tan ilustres poetas, así antiguos gentiles, como modernos o cristianos, es materia poco considerable para hacer gracia a autores herejes de que se permitan en una república tan católica sus obras. El peligro es grande y excede sin comparación esta tan pequeña utilidad"²⁵.

Esta misma comisión reconocía que no era misión suya vigilar las costumbres, pero esto opinaban sobre las comedias y no tanto por sus contenidos, como por sus efectos:

"Y como los (libros) de comedias con la sutileza y galantería con que se escriben y la suavidad del verso y poesía tienen tanto atractivo y gusto en los mismos enredos que tratan, es increíble el daño que hacen informando los ánimos de los primeros años y inclinándolos a tan peligrosas materias. Y como el título de comedias trae consigo la permisión de lo poético y elegante, andan en todo género de gente. Con éstas se enseñan las doncellas en sus casas, aprenden los niños, se entretienen los mayores y aun a la más retirada clausura de religiosos y religiosas y de otras personas, que por sus impedimentos no pueden frecuentar las comedias, penetran y todo lo contaminan, dando a beber su veneno a todas partes y a todos los tiempos. Y aún hace más daño un libro de estos por la frecuencia con que se lee, que la representación misma de las comedias, que ni a todos tiempos, ni a todas personas es cómodo el verlos. Y cuando con la prohibición de estos libros se pusiera moderación en las comedias, se hiciera un gran servicio a Dios, reduciéndolas a que no fuesen de semejantes materias y exprofeso y principalmente tratan de amores y enredos lascivos.

Y entre otras cosas representa la junta a V. A. la indecencia que tiene el componer sacerdotes o religiosos semejantes comedias, lo cual es tan ajeno a su estado y de tanta desedificación para los seglares como se deja entender...

Y así, porque más efectivamente se ataje este mal, ha parecido a la junta proponer a V. A. que las comedias ya impresas, cuyo principal argumento y materia son las cosas de amores y enredos lascivos, por lo que tienen de enseñanza y peligro de corrupción en las buenas costumbres, se prohiban... Y los manuscritos que se componen para representar mande V. A. que con todo rigor y sin excepción se execute lo que muy ordinario se hace de que ninguna de nuevo se represente, sin que la mande ver primero el Santo Oficio y con aprobación suya y no de otra manera se pueda representar, con que ni las cosas lascivas saldrán a lo público, ni los que componen comedias se atreverán de aquí adelante a hacerlas en esta materia..."²⁶.

VIRGILIO PINTO
Universidad Autónoma de Madrid

²⁵ *AHN* Inq. leg. 4435, exp. 7, fol. 106.

²⁶ *Ibidem*, f. 105; sobre el problema de la licitud del teatro, cfr. A. García Berrio, *Intolerancia de poder y protesta popular en el Siglo de Oro: los debates sobre la licitud moral del teatro*. Málaga, Universidad, 1978.